

LECTURA

Revuelo en la COCINA



Cuando llegó la hora de la comida, en la cocina no había nadie que no estuviera preparado:

- ¡1, 2, 3, arriba!, gritó el plato a la cuchara, al cuchillo y al tenedor. Los tres se colocaban siempre sobre él para hacer el viaje hasta la mesa.

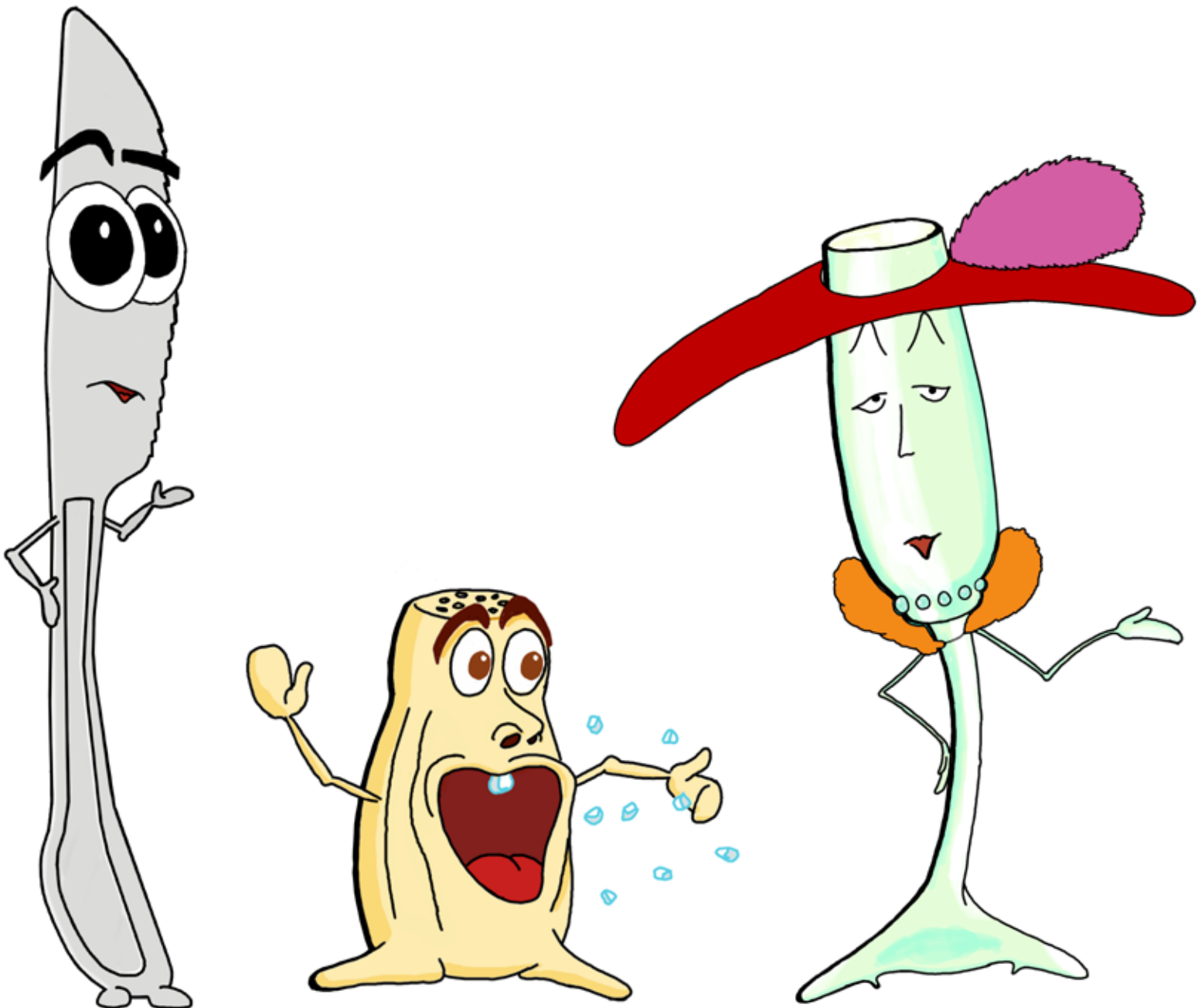
El vaso y la jarra ya estaban listos. Los dos despertaban la admiración del resto, formaban un equipo perfecto. El momento de servir el vino era muy complicado y tenían que coordinarse muy bien para no manchar a la mesa, que era muy delicada. Aunque, para protegerla ya estaban el mantel y su compañera la servilleta:

- ¡No permitiremos jamás que ninguna mancha se salga con la suya!, gritaban.

Y la mesa sonreía agradecida.

Como veis todos los utensilios son importantes y necesarios, todos se complementan y trabajan juntos en armonía, sin embargo, las cosas no fueron siempre así...

¿No os lo creéis? Pues os contaré lo que pasó el día en el que todo cambió:



Esa mañana, en la cocina, había armado un gran revuelo. Los utensilios estaban discutiendo sobre quién era más importante. El tenedor, que siempre estaba pinchando, habló en nombre de los chicos:

- Chicas, vosotras hacéis bien vuestro trabajo pero nosotros somos más importantes, tenéis que reconocerlo. Vosotras estáis para ayudarnos y, sin nosotros, no podríais hacer nada.

La cuchara enseguida contestó:

- Eso es una tontería. Todo el mundo sabe que nosotras realizamos nuestro trabajo igual, incluso mejor que vosotros y que si alguno faltase algún día, conseguiríamos sustituirle sin que se notase.

El cuchillo indignado la cortó rápidamente:

- ¡Nuestra superioridad está científicamente demostrada, por eso, seguiremos siendo nosotros los que mandemos sobre la cubertería y la vajilla a la hora de comer!

La jarra, en la posición que tomaba cuando se enfadaba, con las manos en la cintura y mirándole fijamente a los ojos, le dijo:

- ¡Eso habrá que verlo! ¡Cuando queráis os demostramos que podemos apañarnos sin vosotros!

El vaso, aunque era bastante tímido, se llenó de orgullo y también habló:

- ¿Sabéis una cosa?, mientras no aceptéis que nosotros somos más importantes, ¡nos negaremos a asistir a la mesa y a ver qué hacéis sin nosotros!
- ¡Eso, eso!, gritaron los demás chicos.
- Vais a tener que suplicarnos que volvamos, dijo el plato.
- No estéis tan seguros, le contestó la cuchara.

Los chicos, muy gallitos, se encerraron en el armario a esperar y a observar lo que pasaba.

El salero, con su gracia habitual, comentó:

- Ya veréis lo mal que lo pasan esas sosas a la hora de la comida. ¡Encima hay asado! ¡A lo mejor, la cuchara, que tiene mucha cabeza, convence a la carne para que se corte sola!
- Ja, ja, ja, ja, rieron todos.

La verdad es que las chicas estaban bastante preocupadas, no les gustaba esta situación pero tenían que demostrar que eran igual de valiosas. Se reunieron para organizarse y, entre todas, fueron encontrando soluciones al problema:

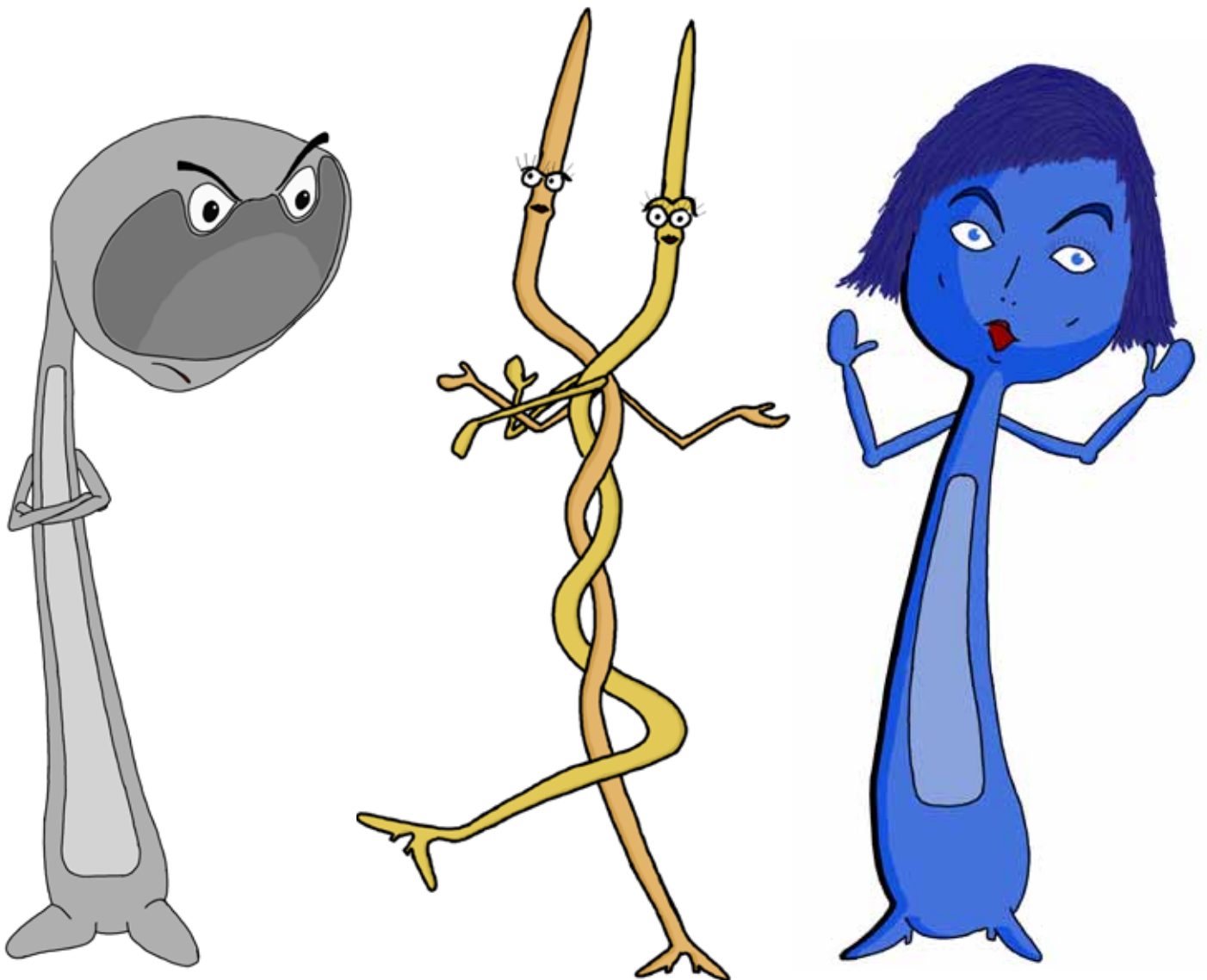
Las primeras en presentarse fueron dos brochetas que estaban muy unidas, y que dijeron que ellas podían hacer perfectamente el trabajo del tenedor.

La bandeja se trajo a la escudilla para sustituir al plato, y varias servilletas se unieron para formar un gran mantel. Incluso una tarrina muy coqueta se presentó para sustituir al salero.

- Chicas, contad conmigo para la bebida -dijo, presumida como siempre, la copa- o acaso habéis creído que la que es fina y elegante solo vale para los días de fiesta.

Justo en ese momento apareció la navaja, que con su lengua afilada le dijo:

- ¡Otras no somos tan finas, pero, aunque yo sea de campo, podré sustituir al cuchillo!



Cuando al día siguiente llegó la hora de comer, la comida fue desarrollándose sin ningún problema. Los chicos, desde el armario, esperaban impacientes que algo saliera mal... Y tanto esperaron que desesperaron.

El mantel, que era el más inteligente, fue el primero en hablar:

- Chicos, no veis que estamos haciendo el ridículo, tenemos que reconocer que nos hemos equivocado, y salió del armario para irse con la mesa.

El tenedor, pinchado en su amor propio, tuvo que reconocer que las chicas habían conseguido sacar adelante la comida, ¡ellos no eran tan indispensables como se pensaban!

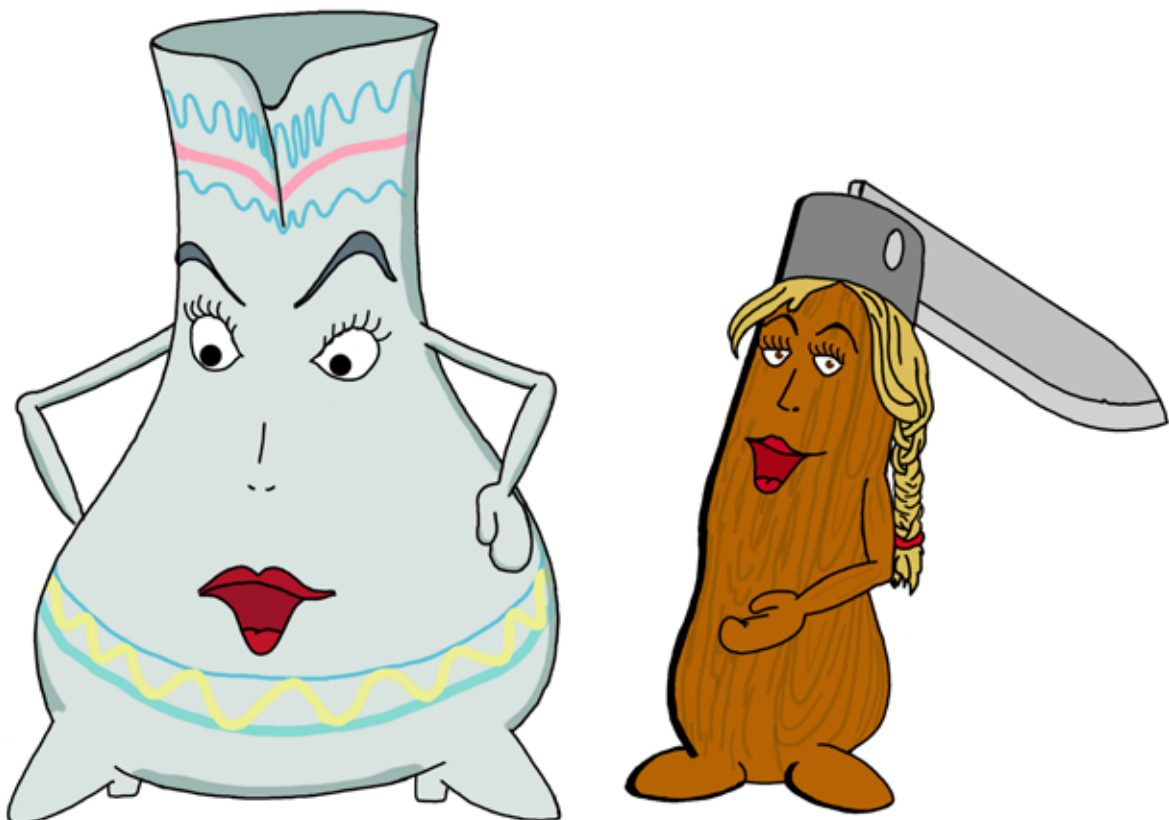
Uno a uno, fueron saliendo, salvo el cazo, que se empeñaba en no unirse a “las chicas”.

Hasta que la sopera le dijo:

- Ven aquí, ¡cabezón!, que nadie sirve la sopa como tú. No te das cuenta que, aunque hayamos podido sacar adelante esta comida, lo podemos hacer mejor colaborando y trabajando todos y todas en común. Ninguno es más necesario que los demás, todos debemos complementarnos para ser verdaderamente útiles.

Eso fue lo que pasó aquel día en la cocina y que hizo que todos aprendiesen una importante lección.

Desde entonces, en esa casa, nunca se volvió a discutir quién era más o menos importante.





Manos  Unidas